

**LA VIDA
CONTEMPLATIVA**

por

P. Ángel Peña

O.A.R.

LA VIDA CONTEMPLATIVA

Decía Juan Pablo II el 1-11-82: “Quiero hacer una llamada a las Comunidades cristianas y a sus pastores, recordándoles el lugar insustituible que ocupa la vida contemplativa en la Iglesia. Todos hemos de valorar y estimular profundamente la entrega de las almas contemplativas a la oración, a la alabanza y al sacrificio. Son muy necesarias en la Iglesia. Son profetas y maestras vivientes para todos. Son la avanzadilla de la Iglesia hacia el Reino”.

Ellas son como las raíces escondidas del árbol, llevan la savia hasta las hojas más apartadas, son las que sostienen los brazos de los misioneros, las que levantan continuamente su oración, como Moisés sobre el monte, para que los demás puedan triunfar. Ellas son los pararrayos del mundo para detener la cólera divina. Ellas forman el Corazón de la Iglesia, porque son el Amor de la Iglesia, como Sta. Teresita. Sin ellas, ¿qué sería de los sacerdotes? Y sin los sacerdotes, ¿qué sería del mundo?.

Ellas deben ser AMOR, LUZ Y PUREZA. Y así como la luz no soporta las manchas, porque impedirán que se refleje, así ellas deben ser puras para irradiar su luz a las almas. Cuanta más pureza, también habrá más luz, más limpidez, más blancura, más Dios. Y ellas, especialmente, deben reparar tanta impureza con su pureza, tanto odio y violencia con su Amor. De esta manera, con su pureza, serán madres de las almas y los hijos de su virginidad abarcarán el mundo entero.

No hay fecundidad más grande y numerosa que la de las almas vírgenes, que copian la maternidad de María. La virginidad deleita a Dios, que siente atracción por las almas puras. La virginidad es fuerza para vivir y luchar contra el mal, no es debilidad. La virginidad es fuente de luz y de vida.

Que sepamos darle gracias a Dios todos los días por el don de la virginidad, que sepamos amar la pureza del alma y del cuerpo para ser luz de las almas y así ser más libres y felices con la alegría de Dios, como María.

ANOTACIONES PREVIAS

Estos testimonios que siguen a continuación me han sido comunicados personalmente por las interesadas y puedo garantizar su veracidad. Son de religiosas de distintas órdenes contemplativas y de distintos países. Muchas de las lectoras se sentirán identificadas con alguno de ellos y mi deseo es que las estimule a seguir fielmente el camino emprendido y sean generosas en dar su Sí en cada momento a la voluntad de Dios y lleguen a ser santas.

Dios las ama con un amor especial de predilección. Son como las "niñas de sus ojos", las flores más preciosas de su jardín en la tierra. Y, por eso, nosotros les pedimos a cada una, en nombre de Dios, que, superando las pequeñas o grandes dificultades de la vida, sean santas y nos ayuden a ser santos. El mundo y la Iglesia las necesitan y Dios espera mucho de cada una de ellas.

No olviden que "un momento de verdadera oración tiene mas valor y fruto espiritual que las mas intensa actividad apostólica (Juan Pablo II).

UN SUEÑO CON JESUS

Estaba un día ante el Señor y me puse a soñar. Me imaginaba un convento de religiosas contemplativas en el que todas eran santas. Vivían en un ambiente de oración, silencio, trabajo y alegría que era la admiración del cielo y de la tierra. Eran religiosas, jóvenes de espíritu, que tenían un gran deseo de superación personal. Siempre más y más, siempre adelante era su lema. Todas eran especialistas en algo, aunque fuera en cocinar. Casi todas tenían estudios superiores, adquiridos en el monasterio, a través de clases particulares, cursos por correspondencia o acudiendo a centros especializados. Unas habían estudiado música, lenguas, enfermería, literatura..., otras teología, Sagrada Escritura, computación o simplemente costura, repostería o pintura. Pero todas tenían una preparación humana esmerada que admiraba a quienes las conocían. La Superiora era la Madre de la Comunidad, que vigilaba para que cada una se realizara de acuerdo a sus cualidades personales y todas estuvieran contentas y cumplieran con su deber. En aquel con-

vento se estudiaba y se trabajaba, pero sobre todo se oraba para llegar a la santidad, meta de todos sus deseos. Estaban al día en los avances de la ciencia y sobre la marcha del mundo y de la Iglesia, sin necesidad de ver televisión.

Era lindo ver cada mañana a una religiosa pintando al óleo un cuadro de san Francisco, a otra estudiando teología; otra se esmeraba en preparar una comida sencilla, sabrosa y nutritiva, para la comunidad. Había quien trabajaba en la costura o escribiendo un libro, lavando ropa, limpiando la casa o haciendo un trabajo de computación para una empresa estatal. También había quien enseñaba catecismo a los niños en el locutorio o dirigía un grupo de jóvenes. Tampoco faltaba quien ayudaba a las almas atribuladas con consejos y guía espiritual o dirigía un grupo de oración para los alojados en la hospedería. Incluso alguna escribía en el periódico o revistas de la localidad, grababa mensajes para la radio o hasta para la televisión, uniendo siempre el trabajo y el silencio a la oración y al amor a los hermanos.

Como todas trabajaban y muchas en trabajos especializados, ganaban de sobra para su sustento y sentían la alegría de compartir su pan con los necesitados. Cuando iban al coro para el rezo del Oficio divino o la santa misa, parecían estar en el cielo por su gran recogimiento y su amor a Jesús sacramentado ante el cual se pasaban horas en vela, en compañía de María y de los santos y ángeles.

En este convento, que era un hogar, todas vivían unidas y eran admiradas por la población, respetadas por su saber y preparación personal y amadas por cuantos las conocían..., y las vocaciones no se hacían esperar. Ellas se sentían madres de todos los hombres y por todos oraban y se sacrificaban, aspirando sin tregua hacia la santidad. Y Jesús las amaba y tenía en ellas la delicia de su Corazón. Eran sus esposas fieles, en quienes podían confiar, y ellas se sentían las personas más felices del mundo por el Amor.

SOÑANDO CON EL CIELO

He aquí el testimonio de una contemplativa: "Cada día tengo más

ganas de volar alto hasta los cielos. Sufro, pero mi alma está en paz, una paz inmensa como las estrellas, porque es la misma paz de Dios que vive en mi corazón. ¿Cómo será el cielo, cuando se acaben todas las ataduras y todas las ignorancias y oscuridades de esta pobre tierra?. "Vivo sin vivir en mí y tan alta vida espero que muero, porque no muero". Qué verdaderas son estas palabras de Sta. Teresa. Por eso no temo morir. Deseo seguir viviendo sin fin en el cielo.

Quiero enloquecer de amor por El y salir de este pobre cuerpo para ir al encuentro definitivo con El. Qué gozada es poseerle, gozarle, amarle, servirle y adorarle ya en esta tierra... ¿Cómo será el cielo? ¿Un mar sin fondo y sin orillas de amor? Hace unos días en la oración de la noche, en mi celda, donde mi alma pierde la noción de todo y se pierde en el mar sin fondo del Tres veces Santo, le daba gracias por El mismo y sentí como si fuera una llamada, y al arder era tal el gozo y la luz que embargaba mi alma que no te lo sabría explicar. El desea mi amor y sin su amor yo no podría vivir. El cielo será una inmensa y eterna plenitud de amor, un respirar amor y dar amor, un vivir de amor y transmitir amor. Dios es Amor y el amor es lo que explica todo y da sentido a toda nuestra existencia. Vivir de amor y para el Amor. Un día sentía como si me derritiera, naciéndome un río de fuego y le pedía por ellos (los sacerdotes). Y le agradaba tanto que le pidiera por ellos que me invitaba a repetírselo muchas veces y parecía que toda la tierra era un solo eco y repetía por Ellos, Ellos, Ellos, Ellos. No sabría decirte el que transcurrió, pero mi alma rezumaba paz. La cruz era mi descanso por Ellos.

Quisiera ser una llama ardiente sin consumirse, un volcán en erupción constante y que la tierra ardiera por sus cuatro costados en el fuego de su amor para consumir todos los pecados, violencias, egoísmos, impurezas y tristezas. Pídele que este corazón de piedra se parta en mil pedazos y que cada pedacito sea una pequeña hoguera de amor.

El me ama tal como soy y yo me arrojo en sus brazos sin temor y, cuando siento palpar en mi corazón su inmenso e infinito amor, el mío también repica a fiesta y nos amamos y nos decimos locuras y entonces sólo deseo la plenitud sin límites de la felicidad del cielo".

UN DIA EN LA VIDA DE UNA RELIGIOSA CONTEMPLATIVA

"A las 5:30 a.m. nos levantamos y a las 6 comenzamos el canto coral con mucha solemnidad, que dura hasta las 7. De 7 a 8 oración en silencio, cada una a solas con el Señor y a las 8 misa cantada. Después nos quedamos de nuevo en oración hasta las 9, hora en que vamos a desayunar y comenzar el trabajo del día. Trabajamos todas juntas en una sala muy hermosa, confeccionamos ropa de niño, ornamentos litúrgicos, etc. Y trabajamos en silencio, hablando cada una con el Señor y amándole mucho para ganarle almas,

A las 12 vamos de nuevo al Coro para cantar Sexta y rezar una parte del rosario y a la 1 p.m., a comer también en silencio. Después de comer y cenar es cuando tenemos un rato de recreación y entonces es cuando hablamos y reímos, pues hay una alegría insospechada que la gente no puede comprender, pues es una alegría que viene de Dios. Cuando volvemos al silencio, tenemos un rato libre y a las 3 p.m. de nuevo al Coro a cantar Nona y rezar la segunda parte del rosario y, después, de nuevo a trabajar. A las 6 otra vez al Coro para hacer oración en silencio. A las 7 Exposición del Santísimo Sacramento y rezo de la tercera parte del rosario. A continuación, la bendición y canto de Vísperas, que dura hasta las 8. Después de cenar, un rato de recreo, Completas y a dormir.

Tres días a la semana nos levantamos a las 2 de la mañana a cantar Maitines y en Adviento y Cuaresma todos los días. Así transcurre nuestra hermosa vida llena de amor y entrega al Señor. Realmente, estando aquí en la clausura soy tan feliz que me faltan palabras para expresar lo que siento. Es una vida de continuos Tabores y Calvarios, pero lo que me hace feliz es el hecho de pertenecer totalmente al Divino Esposo y estar aquí para cumplir día a día su divina voluntad. Siento verdadera locura de amor por Jesús y no tengo más deseo que llegar hasta la cumbre de la santidad. El me va llevando y yo lo dejo hacer. "Lo que quieras, como quieras y cuando quieras". Y qué bien se vive así. Hace mucho tiempo que no deseo nada ni aspiro a nada ni busco nada. Nada de nada. Sólo Dios y su santísima voluntad en todo. Con mucha fre-

cuencia, le digo a Jesús: Arrebátame hasta Ti y abrázame en tu fuego sagrado y llévame contigo por el mundo a incendiar los corazones y llevarlos a tu divino Corazón. Aunque con los ojos del cuerpo no lo vea, sí creo que en espíritu voy recorriendo el mundo con El para adorarlo en todos los sagrarios y convertir muchas almas que viven lejos de El".

EXPERIENCIAS SOBRE LA VOCACION

1.- Cuando era niña sentía atracción a la vida religiosa y poco a poco fue madurando mi vocación hasta que decidí entrar en un monasterio. Al principio, todo fue fácil y superaba con facilidad las dificultades de la vida diaria. Pero, sin darme cuenta, fui enfriándome en la vida de la oración y ahí comenzó mi tragedia. Ya no soportaba las indirectas de algunas hermanas, la obediencia se me hacía difícil, me gustaba la comodidad y la cabeza se me llenaba de no buenos pensamientos... hasta que decidí volver al mundo y emprender una nueva vida.

La víspera del día en que estaba decidida mi partida, tuve un sueño. Un sueño que jamás olvidaré mientras viva. Soñé que recogía mis cosas para el viaje, me vestía de seglar y caminaba por el claustro para ir a despedirme de la Comunidad. Entonces vi que la M. Priora caminaba delante de mí en compañía de un hombre. Al acercarme a ellos, el hombre se volvió y me miró. Era una mirada tan dulce y cariñosa, tan expresiva y amorosa que nunca la olvidaré. Cada vez que recuerdo aquellos ojos divinos de Jesús me pongo a llorar de emoción. Jesús no me dijo nada, pero yo lo entendí todo. Era como si me dijera: ¿y me dejas?, ¿ya no me quieres?, ¿dónde está aquel amor que me prometiste hasta la muerte?.

Sin darme cuenta me desperté y sólo sabía llorar y llorar al sentir el amor de Jesús en mi corazón y lo poco que yo había sabido corresponder. Así que le pedí perdón y le prometí seguir fielmente hasta la muerte. Desde aquel día todo ha sido más fácil para mí, sabía que Jesús estaba a mi lado y que nunca me abandonaría, sabía que El me amaba y yo estaba segura que quería amarlo para siempre. Desde entonces, mi único deseo y la única ilusión de mi vida es amar cada día más a Jesús.

Mi mejor oración es recordar los ojos divinos de Jesús, llenos de amor por mí.

2.- Entré muy joven al convento y durante los años de noviciado fui feliz, era la alegría del noviciado. Después de mi profesión solemne seguí tan feliz como en el noviciado. Pero, al poco tiempo, mi vida espiritual comenzó a decaer, mi oración empezó a decaer y empecé a dudar de mi vocación, creía que mi camino no era éste, que me había equivocado y los días se me hacían inmensamente largos. Por esta época, empezó a visitarme un seminarista de mi pueblo. El me contaba sus cosas y yo las mías, pero llegó un momento en que en vez de ayudarnos lo que estábamos haciendo era todo lo contrario, pues empezamos a enamorarnos uno del otro.

Ante esta situación, llegué a creer que verdaderamente no tenía vocación y, por lo tanto, tenía que salir del convento. Empecé a hacer todas las gestiones y, cuando ya lo tenía todo preparado, la última noche que pensaba pasar en el convento, después de Completas, cuando habían salido todas las hermanas, me quedé en el Coro para recoger mis libros. Y cuando salía del Coro, al hacer la genuflexión, experimenté como que alguien me cogía por la espalda y me decía: ¿Dónde vas?, ¿me dejas solo?, ¿qué vas hacer?, ¿ya no me quieres? Y, sin darme cuenta, caí de rodillas llorando a más no poder. En esos momentos, parecía que el corazón se me partía de dolor, pero Jesús es Padre y María Madre y, después de varias horas, a pesar de aquella tremenda amargura que sentía, empecé a sentir consuelo y gozo en el alma y me pasé toda la noche en vela ante el Santísimo, dándole gracias y bendiciendo su amor para conmigo. Entonces tenía yo 32 años y, desde entonces, todas las cosas que me puedan pasar no son nada para mí en comparación del amor de Jesucristo y de María. ¡Qué alegría sentirme amada por el Amor! Por eso, te diré que cada día estoy más contenta y te suplico que todos los días me bañes en la sangre de Jesús para que purifique mi alma y me haga santa.

3.- Cuando faltaba poco tiempo para profesar, me invadió un sentimiento de tristeza insuperable, mi debilidad era tan grande y mis dudas

tan enormes que pensaba que nadie, ni siquiera mis hermanas, podían amarme. Era una situación tan dura que no encontraba ni razón para vivir. Felizmente, acudí a mi director espiritual y comencé a abandonarme en las manos del Señor y a repetir la oración: "Señor, creo en tu amor para conmigo", Y así, poco a poco, me volvió la paz y una impresión de madurez afectiva que aún me continúa. Ahora me siento contenta y realizada. Incluso, un Jueves Santo me ofrecí al Señor para lo que El quisiera, para reparar tanto desamor y tanto amor ensuciado y mal entendido.

4.- A los catorce años ya quería ser monja, pero mi padre no me daba su consentimiento, ni dinero. Empecé a salir con un chico y a los pocos meses hice amistad con otro de los más ricos del pueblo en piedad y dinero. A mí me atraía su bondad y humildad. Mis luchas eran grandes, quería ser monja y también salir a pasear con él. Pero una tarde, nunca me podré olvidar, estaba arreglando mi pelo delante del espejo para marcharme a pasear con él. Me volví al lado izquierdo y fue grande mi sorpresa al ver a mi lado la cara de Jesús con unos ojos de amor, tristeza y compasión que me impresionó, pero le di poca importancia y me fui a pasear, aunque medio atontada.

Una noche, terminaba de acostarme, y vi la misma cara de Jesús, pero que no era de amor, sino de amenaza y miedo. Lo veía enojado y, entonces, decidí dejarlo todo y marcharme por mi cuenta al convento. Aquí me esperaba el Señor con todo su amor y ahora me siento realizada y feliz. Hay días en que me siento envuelta en una gran oscuridad y sufrimiento interior, pero siempre con muchísimas ansias de amar a mi Dios. Me duermo por las noches, diciendo a Jesús que lo amo y diciendo a Ntra. Madre que me dé su amor para amarle. Cuando rezo el viacrucis, en unión con la Virgen, trato de quitarle los clavos, limpiar su cuerpo, besarle sus llagas y adorarle.

5.- Un año antes de mi profesión solemne, comenzaron para mí grandes pruebas y tentaciones. Hasta la maestra me decía que no podía profesar, porque era demasiado imperfecta. Incluso yo estaba fría en la oración y sentía como que Dios ya no me quería y sufría mucho. Sin

embargo, cuantas más dudas y pruebas tenía, más me sentía atraída por Dios.

Cierto día, salí del refectorio y me dirigí a la capilla, me arrodillé ante el sagrario y sentí una voz muy clara, como si fuera Jesús, que me dijo: "Ya no te quiero". En aquel momento, me sentí morir y me levanté a toda prisa, llorosa, para ir al dormitorio. Pero no había dado ni cinco pasos en el dormitorio (estaba yo sola), cuando sentí la presencia de Jesús y una dulzura y una paz y un amor tan indescriptibles que no se puede contar. Me parecía volar, así que me volví a la capilla y me arrodillé ante el sagrario y allí seguí disfrutando con Jesús de la paz inmensa que inundaba mí alma. Desde entonces nunca más he tenido dudas sobre mi vocación.

6.- Cuando tenía 18 años, estaba pensando seriamente sobre mi vocación, pero no me decidía y no veía claro lo que Dios quería de mí. Pero un día soñé que estaba en un gran banquete entre muchas amigas, todas vestidas de etiqueta. En un momento dado, me acerqué a la que estaba a mi izquierda, a la cabecera de la mesa, y le dije: Teresa ¿qué quiere Dios de mí? Ella me dijo: Ven a mi casa.

Me desperté y no entendía lo que podía significar. Pero el sueño había sido tan claro y fuerte que no me podía olvidar. Un día se lo conté a una amiga y ella fue a su biblioteca, me trajo un libro de Sta. Teresa de Jesús, me mostró su retrato y me dijo: ¿Será ésta? Efectivamente era la misma del retrato, la que me había hablado en el sueño. Desde aquel momento, no dudé más de mi vocación y de que Jesús me quería en el Carmelo".

7.- A los 23 años sentí el llamamiento del Señor por influencia de la lectura del libro "Historia de un alma" de Sta. Teresita. Pero tuve que esperar 7 años, pues hacía falta en casa para ayudar a mis padres. A los pocos meses de entrar, me vino una grave enfermedad y tuve que volver de nuevo a casa. Mi enfermedad se curó pronto casi milagrosamente. Entonces, el párroco me dijo que debía esperar la ordenación sacerdotal de mi hermano por si me necesitaba. Yo veía en todo esto la

voluntad de Dios, aunque en el fondo de mi ser sentía un ansia profunda de ser religiosa contemplativa.

Después de dos años de acompañar a mi hermano sacerdote, un día, inesperadamente, me dijo el señor Obispo que podía volver a mi convento, ya que mi hermano iba a estar, a partir de entonces, en su compañía. Para mí, eso fue como la voz de Dios y hoy más que nunca no me canso de dar gracias al Señor. Estoy contenta de haberle obedecido siempre, siguiendo la voluntad de mis superiores y ahora sólo deseo ser una gran santa.

8.- Llevo cinco años en el convento, después de más de treinta años de religiosa de vida activa. Hacía mucho tiempo que sentía la llamada a la vida contemplativa, pero me parecía imposible. Sin embargo, se lo dije al confesor y después de un tiempo me dijo: ¿Por qué va a ser imposible? Y yo le dije: No tengo salud, no tengo dinero y no tengo mucha instrucción. Y él me contestó: Nada es imposible para Dios. Estas palabras se me quedaron muy grabadas.

Después, el confesor me mando decírselo a la M. General y ella me contestó que eso era una tentación y que me olvidara. Pero la lucha fuerte comenzó una noche. Estaba durmiendo y un ruido me despertó y no sé cómo fue, pero vi a Jesús con su cruz y dentro de mí oí estas palabras: Si quieres seguir este camino a que te llamo, tendrás que sufrir, pero eres libre. Tenía miedo, pero la llamada era más fuerte que el miedo. El confesor me aconsejó decírselo otra vez a la M. General, que era nueva, y ella me dijo que iba a poner en la Congregación una casa de oración y que podría probar en ella. Lo intenté, pero seguía mi lucha interior hasta que, al final, la misma M. General me ayudó y entré en el convento en 1972.

Entonces, comenzaron otros problemas, mi padre se puso furioso y toda mi familia, menos mi madre, estaba en contra; esto me afectó y me enfermé y, después de 15 meses, tuve que regresar a mi Congregación, pero no podía acostumbrarme en la vida activa, algo dentro de mí me seguía llamando. Fueron 14 largos años que continué con esta lu-

cha interna. De nuevo, pedí a la nueva M. General y, como sabía de mis antecedentes, se enfadó conmigo y no me creía hasta que después de unos meses de pedírselo, se allanaron las cosas y pude por fin conseguir mi deseo y entrar de nuevo al convento, donde me siento feliz de haber encontrado el lugar que Jesús había preparado para mí.

9.- Estuve 36 años como religiosa de vida activa y me pasé a la vida contemplativa, porque me atrae mucho la oración y el silencio. Sentía una exigencia y una sed ardiente de Dios y de soledad para vivir más plenamente para El. Aquí llevo sólo tres años y estoy muy contenta, pero a los dos meses de venir me tuvieron que operar por primera vez (ahora quieren operarme por cuarta vez del estómago) y me encontré con la sorpresa de que tenía cáncer. Era lo que menos me esperaba. Sufrí mucho interiormente, pensando que debería salir del monasterio por falta de salud. Felizmente, la Superiora y Comunidad me aceptó y me dijeron que estuviera tranquila, que podía estar sin preocupaciones y que podía morir allí.

Me alegra mucho morir en mi amada soledad, se lo agradezco a mi Comunidad. Ya han pedido permiso a Roma para que, si me empeoro más, me puedan dar la profesión solemne "in articulo mortis".

10.- Vivo en un convento entre montañas, en una zona deshabitada, con nieves y heladas en invierno, que me hacen empezar cada mañana con un sacrificio por estar la celda helada. Pero soy feliz. Si tuviéramos una vida cómoda, si el día no estuviera jalonado por pequeños sacrificios, serían días perdidos, pues no habría nada que ofrecer a Jesús.

Cuando tenía 17 años, vine aquí por primera vez. Tenía una fe "normal", pero todo lo espiritual me era desconocido y, a la vez, me atraía. Al día siguiente de llegar, a las ocho de la mañana, cargada de sueño, asistí a la misa. Estaba sin estar, sin oír al sacerdote. Pero, cuando llegó el momento de la consagración y Jesús se hizo presente en el pan y vino, mis ojos se me abrieron totalmente y mi sueño y adormecimiento espiritual se disiparon. Estaba 'viendo a Dios". Y no me atrevía a moverme, lo "veía", pero no con los ojos del cuerpo. Era una

experiencia que me envolvía, que me hacía “verlo” Y me preguntaba cómo nadie estaba viendo lo que yo veía. Ese estado duró hasta la comunión, en la cual sentí que entraba Jesús en mí y me llenaba. Yo no podía decirle nada, sólo lo miraba, no había posibilidad de palabras. Y lloraba, pues era la única forma de desahogar tanta emoción.

Esto se fue repitiendo más o menos durante varios días. Un día me quedé a solas en la capilla tras rezar Sexta. Estuve un hora, llorando. No sabía lo que me estaba pasando. Me sentía atraída hacia Jesús y me daba cuenta de que mi vida a partir de entonces sólo podía ser para El. Pero ¿qué hacer? Mi experiencia terminaba y yo debía volver a mi vida ordinaria y a mis estudios. Entonces, mirando el crucifijo, lo comprendí todo. Sentí que El me quería toda entera para El. ¡Qué susto me di! Todavía no estaba preparada, tuve que esperar hasta los 20 años para entrar. Pero ahora me siento feliz y con frecuencia pienso: Mi vida aquí sólo es para una cosa, para hacerle feliz, para que El esté siempre contento, para agradecerle. Después, El verá cómo va a derramar esa alegría, que yo le doy, en muchísimas gracias para todos los hombres.

11.- Cuando tenía 13 años, asistía a un colegio de religiosas. Los actos de piedad me gustaban mucho y no me aburría en la capilla, sentía envidia de las hermanas, cuando las veía rezar, y me preguntaba a mí misma si yo podía ser virgen como ellas y amar a Jesús.

Por esta época, poco a poco, el mundo empezó a seducirme, sentí un amor especial por un chico determinado y el mundo de la coquetería y de la vanidad empezó a rondar en mi corazón. Pero en unos ejercicios espirituales, hice el firme propósito de dejar todo lo que me separaba de Jesús y el deseo de la virginidad empezó de nuevo a fascinarme. Me pasaba muchos ratos en silencio con Jesús Eucaristía, leía libros de vidas de santos, que me estimulaban en este ideal. Me acuerdo de un libro que me impactó mucho: “Las vírgenes mártires antiguas” . Y la pregunta acuciante que surgía en mí era: Si ellas, jóvenes casi niñas, ofrecieron su vida y su virginidad a Jesús ¿no podía yo hacer algo como ellas?.

Cuando tenía 17 años llegó a mi parroquia un sacerdote joven con mucho fervor y él me orientó hacia la vida religiosa contemplativa. El Señor permitió que unos meses antes de entrar viera la película de Sta. Teresita del Niño Jesús y eso me confirmó más en mi vocación. De esto hace ya 32 años y no me arrepiento de haber entregado mi vida totalmente a Jesús en el silencio y recogimiento de la clausura. ¡Dios sea Bendito!

12.- En mi vida he sufrido mucho y no sólo moralmente, sino también físicamente. He pasado años en un sanatorio para tuberculosos y además me han hecho muchas transfusiones, porque no se me coagula la sangre y debo evitar las intervenciones por las hemorragias. Tengo varios problemas de salud con una bronquitis crónica que me hace pasar muchas noches sin dormir por la tos.

Muchas veces, me cuesta levantarme por la mañana después de una noche sin dormir, pero en seguida me ofrezco de nuevo a Jesús y me viene fuerza y alegría. A veces, el frío me hace sufrir mucho, porque no tenemos calefacción, pero todo lo soporto por amor a Jesús. Sin El nada tendría sentido. A El le pido todos los días que me haga santa, pero que mi santidad sea escondida, sólo para darle contento a El, para amarlo y salvarle muchas almas.

13.- El Señor no me ha acostumbrado a llevarme por un camino de rosas. Los primeros años fueron duros y, si estoy aquí, es por pura misericordia del Señor, que me sostuvo y me agarró bien fuerte, cuantas veces tenía ganas de salir corriendo, que fueron muchas. Creo que por años que viva no podré darle suficientes gracias de haberme traído a su Casa para vivir sólo para El. El Señor se volcó conmigo y me hizo experimentar el gozo inmenso de pertenecerle a El para siempre y ahora soy feliz.

VIVENCIAS

1.- Llevo tres años obligada a estar en cama en casi completa inmovilidad. El Señor me ha pedido también la vista y casi no puedo leer ni una palabra y me paso el tiempo en oración, pensando en los sagrarios

donde Jesús esta solo día y noche; y, en espíritu, vuelo a todos los sagrarios de la tierra para alabar y amar a Jesús Eucaristía. Tenía un hermano misionero en China y después de tres años se ofreció al Señor por su Misión de China. Y aquel mismo día murió trágicamente en un accidente. Era el día de Pentecostés de 1951. Por eso, amo tanto a todos los sacerdotes y quiero en espíritu asistir a todas las misas que se celebran en el mundo.

2.- Me siento muy feliz. Jesús es mi dicha, mi vida, mi encanto. Me han operado de un ojo cuatro veces y ya no veo nada por él y el otro tampoco lo tengo bueno. Ya tengo 60 años, así que ya puedo darme prisa para hacerme santa. Con frecuencia, le mando mi ángel para que le ayude. Ud. mándeme su ángel para que me dé la bendición de su parte. ¿Cómo se llama su ángel?

3.- Desde que el Señor se me mostró como El quiso hace muchos años, salvo algunos rodeos que di, no tengo otro deseo que el de llegar a la meta. Sólo quiero de verdad una cosa: morir para estar con Cristo, lo demás lo sufro, lo soporto. Aunque a veces lo paso mal en esta espera prolongada que me resulta la vida, estoy conforme que se cumpla su voluntad. Esperaré en el Señor hasta que El quiera. Pero el cielo me parece la única cosa deseable y trato de vivir desde ahora con Jesús en el cielo de mi corazón.

4.- En una ocasión, hice un convenio con el Señor de ser madre de los pueblos "sin sacerdotes". Lo hice con sencillez, en la intimidad, en una Cuaresma. Creo que desde entonces, he sentido cada día más amor a las almas y me siento madre de ellas. Todos los hombres del mundo son mis hijos y por ellos tengo que orar, luchar y sufrir. Creo que vale la pena.

5.- Últimamente, me parece que Jesús y yo somos dos seres atraídos uno para el otro. Procuró que la oración sea vida y que la vida sea oración. Quiero vivir en cada instante unida a El, hacerlo todo con El, por El y para El. Y trato de hacerlo feliz con las pequeñas cosas de cada día. Somos como dos enamorados inseparables. Y yo lo amo con

todo mi corazón.

6.- Tengo 38 años. Estoy en la tierra prometida. Encontré la perla preciosa de que habla el evangelio o el tesoro escondido. Soy la mujer más feliz del mundo. Toda mi vida se desenvuelve en este ambiente de silencio, oración, trabajo y soledad. Una cosa pido al Señor y deseo ardentemente: habitar en esta Casa del Señor, en este lugar bendito, todos los días de mi vida.

El atributo de Dios que más me encanta es su Pedagogía. Me gusta mucho pensar y reflexionar sobre esta pedagogía divina sobre mí y me doy cuenta de que es el mejor maestro del mundo y que siempre me da lo que más me conviene y lo mejor para mí. Por ello, en cada momento, aunque no lo entienda, sólo me queda decirle: Gracias, Señor, acepto tu voluntad sobre mí.

7.- A pesar de estar encerrada en el convento entre cuatro paredes, mi deseo desde siempre es ser misionera. Por eso, estando aquí prisionera de amor por Jesús, vuelo por el mundo para salvarle almas. Últimamente, he sufrido tres operaciones al cráneo, por causa de un tumor, que me va dejando cada día más ciega, pero mi corazón sigue joven para seguir misionando hasta el último día de mi vida y salvando almas para Jesús.

8.- Mi vida espiritual es muy simple, consiste en recibir a Jesús en la Eucaristía y llevarlo conmigo todo el día. Con El rezo, con El trabajo, con El sufrimiento y vivo en la alegría de no dejarlo sólo en el sagrario tan frío. Lo llevo todo el día en mi corazón y procuro alegrarlo con mi amor. Me parece que El está contento y de vez en cuando me dice cosas como: "Yo no vine para quedarme en un sagrario dorado, sino para quedarme en el sagrario de tu corazón", "Yo estoy prisionero en el sagrario, sácame de esta prisión" , " Yo quiero hacer de tu corazón un cielo, adórame dentro de tu corazón ". Jesús, escondido en la Eucaristía, es el amor de mi vida y la locura de mi corazón .

9.- El Señor a quien más ama, más lo prueba. Quiere que vayamos adentrándonos hasta lo más profundo donde moran los TRES, en esa

cámara secreta del amor y de la intimidad y hasta allí sólo se llega entregándose momento a momento, como El quiere y cuando El quiere, destrozando la vida, si es preciso, jirón a jirón. Entonces, es cuando El se vuelca como un torrente, anegando el alma en su divinidad. ¡Qué misterio!

Yo estuve muy enferma de joven, tuberculosa, desahuciada por los médicos, sin ninguna esperanza de curación. Tenía 32 años. El quiso que sufriera y yo me puse en sus manos con un abandono total y El hizo todo. Desde entonces, no me he vuelto a resentir del pulmón para nada. El hizo el milagro. Pero ¡cuánto aprendí de sus secretos misericordiosos y cuánto lo amo!

10.- Yo me siento muy contenta de todo lo que Jesús ha hecho conmigo. Hace unos años me operaron de cáncer y de vesícula y ahora tengo la salud, delicada. Sin embargo, tengo unos deseos ardientes de amarle con locura y hasta de que me conceda el martirio. Esa sería mi más grande dicha. A medida que aumenta mi unión con Jesús, este deseo se hace más ardiente. Quisiera manifestarle el amor más grande, que es dar la vida por el que se ama, como El mismo dijo.

Morir tranquila en una cama, rodeada del cariño y cuidado de las hermanas, habiendo El muerto deshecho y sangrando en un cruz por mí... no lo puedo pensar. Pida para mí la gracia de derramar mi sangre por Jesús. Entonces, sí que moriría contenta. No se olvide de esta intención. A mí no me queda más que amar y amar hasta la locura de morir por su amor y llegar a ser santa.

11.- A los 17 años yo era vivísima, siempre lista para cualquier trabajo. He tenido muchos cargos y trabajos hasta que caí enferma con el cáncer de improviso en 1980. Ahora tengo 69 años y vivo orando, sentada todo el día, porque no tengo fuerzas para trabajar y por la noche sigo rezando, porque no puedo dormir. No obstante, espiritualmente me siento joven como cuando tenía 15 años. ¡Que siempre se haga en mí la voluntad de Dios! Mientras viva, seguiré rezando y sufriendo por su amor, por la salvación de las almas y la santificación de los sacerdotes.

12.- Mi vocación se la debo a mi abuelita que murió cuando mi madre tenía 12 años, pero todos dicen que era buenísima. Yo, desde pequeña, me encomendaba a ella y tuve una gran sorpresa, cuando vi mi partida de bautismo para mi ingreso al convento; me emocioné al ver una nota marginal que el sacerdote había puesto: "esta niña la pongo bajo la protección de los Corazones de Jesús y María ". Ahora soy felicísima y, si mil veces naciera, dos mil me consagraría al Señor y esto lo digo de corazón y no por humildad. Por eso, mi mayor ilusión desde niña es llegar a ser santa.

13.- Hace más de treinta años, era yo muy joven y estuve muy grave al operarme de apéndice a las tres de la madrugada. Yo me vi en la presencia de Dios y me dijo: ¿Qué me traes? ¿Qué has hecho de tu vida? Yo me quedé confusa y contesté: TENGO LAS MANOS VACIAS. Entonces sentí el rechazo de Dios. Esto es horroroso, no se puede imaginar el íntimo sufrimiento que se padece. Sentirse rechazada por el Señor...

Esto, después de tantos años, lo siento como una vivencia y me horroriza pensar que otra vez pueda encontrarme con las "manos vacías". Por lo cual, ahora mi única ilusión es sufrir por amor a Jesús y salvarle muchas almas. Y soy tan feliz. ¡Qué bueno es Dios y cuánto nos ama!

14.- Crecí hasta los 18 años, siendo una cristiana normal y corriente, aunque ya desde los 15 años comencé a buscar algo que me llenará la vida. Estudié mucho y obtuve varios títulos: maestra, perito mercantil, licenciada en análisis clínicos, en bioquímica... Me gustaba divertirme y hacía mucho deporte y, aunque me enamoré de un chico, nada me llenaba totalmente y buscaba algo más. Me decía a mí misma: ¿Para qué derrochar tanta capacidad de amar, de razonar, tanta inteligencia en estas cosas, si al final será un trabajo inútil, pues lo que logre perecerá conmigo?.

Un día estaba en la iglesia meditando y me vino este pensamiento: Hay muchas empresas que uno puede aprender en esta vida, pero todas perecerán al final, en cambio el trabajar por conocer a Dios tiene

dos probabilidades: o que perezcan conmigo, si Dios no existe, o que permanezcan después de esta vida, si Dios es verdad y existe. Esto fue para mí una alegría muy grande, ya que tenía algo por qué luchar: conocer y amar a Dios. A poco de emprender este camino, me dio el Señor a gustar un sabor muy dulce cada vez que recitaba el Avemaría y yo la repetía continuamente. Cuando me sentía agobiada por el trabajo y los problemas, recitaba el Avemaría y me sentía tranquila, era alimento para mi alma y me daba fuerza a mi cuerpo, era como un canal por el que recibía muchas gracias de Dios por medio de María.

Después, Jesús me fue atrayendo hacia el sagrario y me pasaba horas con El en la iglesia. Y así fui, poco a poco, deseando entregarme a El totalmente en la vida consagrada. Para conseguirlo, tuve que escaparme de mi casa, pues no me dejaban. Y ahora, después de unos años en el monasterio, me siento como en el paraíso. Cuanto más lo conozco, más lo amo y, aunque haya cruces, éstas son para mí un manjar apetitoso, porque son como flores rojas que le ofrezco llenas de amor.

15.- Quisiera contar algo de mi vida. Cuando tenía un año de edad me puse enferma con una infección a la sangre; ya estaba casi cadáver, el médico le dijo a mi madre que, si no era un milagro, no podría salvarme; entonces mi madre me ofreció a la virgen y prometió llevarme a un santuario cercano y casi al instante me curé.

Cuando hice mi Primera Comunión, en el momento en que el sacerdote levantaba la hostia y decía: Este es el cordero de Dios..., oí una voz que me decía: ERES MIA Y TE QUIERO PARA MI. En ese momento empecé a sentir deseos de ser religiosa por primera vez.

Un día, hablaba con Jesús de la vida y de la muerte y me parecía oírle en mi interior: "Para ti no seré un ladrón nocturno, tú me esperas". No sólo lo espero, lo deseo y lo llamo. Siento nostalgia del cielo, de la patria, de El... Pero todo lo que El haga está bien, beso su mano, lo amo y esto vale. Cuando llegue el momento, moriré más de alegría que de mal físico. Celebraremos la boda eterna y podré contemplar la mirada de mi

Amado y le conoceré como soy conocida y le amaré para siempre, para siempre. Tú me ayudarás a darle gracias y mi nombre en la patria será Acción de Gracias.

17.- Te puedes suponer que nuestra vida es muy sencilla: soledad, silencio, oración, penitencia y mucha alegría de que el Señor se haya fijado en nuestra pobreza. Nuestra única riqueza es El. Jesús y María son el centro de nuestra vida. Soy muy feliz. Cuántas veces te lo repito ¿verdad? Es que Jesús es todo para mí y no puedo callarme.

18.- Mi vocación fue muy curiosa, no la sentí hasta los 23 años. El Señor Jesús me sedujo y quedé seducida. El era más fuerte que yo. Ingresé al monasterio, cuando iba a cumplir 27

años. Vivo mi consagración con una gran alegría. Tengo el corazón ancho como el universo y en él me caben todos los hermanos del mundo con sus dolores y gozos, con sus fracasos y esperanzas, con todo. Mi vida es un canto a la alegría, a la amistad y al amor. María me ha enseñado a descubrir la belleza de todas las cosas y a vivirla con sencillez. Y estoy muy contenta de vivir con la alegría de Jesús en mi corazón.

19.- Antes de entrar en el convento, hice mi voto privado de castidad. Eso fue el 26 de febrero de 1980. Yo le entregué todo mi amor a Jesús como mi amado y divino esposo. Más tarde, en 1983, el año santo del Redentor, Jesús me hizo sentir el deseo de hacer mis votos perpetuos, en honor de mi Redentor, en ese año santo, Eso normalmente era imposible. Yo tenía sólo 23 años y solamente con dos años de mi primera profesión.

Este deseo era muy grande en mi corazón y yo no podía hacer nada, pero para Jesús no hay nada imposible. En el verano de 1983, un obispo de Islandia pidió a nuestra Comunidad ir a fundar a su diócesis. Yo me anoté y, en diciembre, la Madre Priora me dijo que había sido escogida y debía adelantar mi profesión perpetua para el 25 de marzo, último día del Año Santo. Esto ya realizaba mi deseo, pero le dije a Jesús que deseaba que nuestro matrimonio espiritual fuera el 26 de febrero, por ser el día en que había hecho por primera vez mi voto privado de

castidad. Esto era un secreto y nadie lo sabía. Pues bien, el 15 de febrero llegó una carta de Islandia, diciendo que debíamos adelantar la marcha un mes. Mi Madre Priora, que no sabía nada de mi deseo, me habló y decidió que mi entrega definitiva a Jesús fuera el 26 de febrero y, entonces, yo le conté todo.

No hace falta decir qué feliz fui aquel día al entregarme para siempre a Jesús y cuánto más feliz soy ahora. Cada día, mi unión con Jesús es más profunda en su amor, en su Sagrado Corazón. Lo quiero tanto que daría con gusto mi vida por El.

20 - Ahora tengo 44 años. No tengo hermanos, mi madre murió de cáncer, cuando yo tenía 17 años, y mi padre murió hace 4 años. Por esto, hube de esperar 30 años para poder entrar al monasterio, desde los 10 hasta los 40. Desde los 12 a los 25 años trabajé de dependienta. De los 25 a los 36 trabajé por las mañanas de administrativa y por las tardes estudiaba. De los 36 a los 40 trabajé como pedagoga en el gabinete de Psicopedagogía de un Centro de Salud. Mi padre no era creyente, estaba en contra de todo lo que oliera a "curas y monjas". Mi madre tenía una fe sencilla, iba a misa a escondidas de mi padre los domingos que podía, y consiguió hacerme bautizar y que hiciera la Primera Comunión, cosas a las que él se oponía.

El día de mi Primera Comunión hice mi primer pacto con El: si de mayor le había de olvidar, me ofrecía a morir allí mismo, en aquel instante. Esperé y, como vi que no me moría, comprendí que El había aceptado mi pacto. A los 10 años, un día, de pronto, me asaltó una idea fuerte y obsesiva: ¿Qué serás de mayor? Nunca me lo había planteado. Empecé a pensar en los oficios que me gustaban uno a uno con toda seriedad, pero no era eso, faltaba "algo", no sabía qué. Se me presentó una palabra, "monja". Primero no le hice caso, pero volvía con fuerza, con insistencia una y otra vez. Hasta que me pregunté: ¿Y eso qué es? Vi al momento en mi imaginación una monja arrodillada en oración, sola, aislada, y oí claro dentro de mí: "Vivir para Dios".

Después no sé lo que pasó, fue una gracia muy grande. Me sentí co-

mo fuera del espacio y del tiempo y “dentro” de El. Desde entonces, siempre que oigo hablar del cielo pienso que será así, será estar en El, como yo lo “probé”, pero mucho más intensamente todavía, mucho más profundamente. Allí nada te falta, nada anhelas, estás colmada, llena. Con esta esperanza “segura” puede uno dejarlo todo, absolutamente todo, incluso la vida por su amor. Y yo no me arrepiento.

21.- Una noche soñé con la Mamá del cielo y aún me dura la impresión. ¡La vi tan bella! En otra ocasión, me sorprendió la aurora en la ventana de mi celda. Mi alma y mi ser entero estaban impregnados de tal dulzura, que sentí la inolvidable dicha de aquella noche en que soñé con María. A mi ángel de la guarda lo quiero muchísimo. A veces, cierro los ojos y me pongo a hablar con él y me parece verlo junto a mí y que me envuelve en su sonrisa y con una mirada larga, dulce, serena, llena de paz... Y, cuando llegan momentos en los que ni ves, ni oyes, ni entiendes, cierro los ojos y me dejo llevar. Cuando mi naturaleza grita de dolor, le digo: No te preocupes, no va a durar más de cien años. El, sólo El, es mi fuerza, mi vida, mi esperanza, mi Amor... Creo que sin El no podría vivir ni un segundo.

22.- Las tres de la tarde es la hora de la misericordia. El alma encuentra sosiego en el Corazón de Jesús y se ofrece con Jesús al Padre por la salvación de los pecadores. Es la hora de la gran presencia de Dios en el alma, la hora en que Cristo se ofreció como víctima al Padre por todos, la hora de su entrega y la hora en que no negará nada al alma que confíe en su misericordia. Unámonos con Jesús a las tres de la tarde para encontrar paz y salvar a los hermanos.

23.- He vivido durante más de 30 años una vida monástica en condiciones muy difíciles. Nuestro convento era de una pobreza extrema, no teníamos vocaciones y solamente éramos cinco religiosas. Pero el Señor ha oído nuestras súplicas y ha hecho prosperar repentinamente nuestra Comunidad. Ahora somos 25 con 18 jóvenes de menos de 30 años y hay varias que esperan entrar este año, a pesar de que en nuestro país (Francia) hay pocas vocaciones. Ya estamos preparando una nueva fundación para dentro de tres o cuatro años y esperamos que el

Señor nos siga bendiciendo más y más.

24.- Una noche tuve un sueño tan claro y vívido que nunca me podré olvidar. Vi una persona muy blanca, luminosa y sonriente que se me acercaba para besarme. Cuando la vi de cerca, reconocí a Sta. Teresita del Niño Jesús. Entonces, le pedí que me enseñase su caminito de infancia espiritual y me quedé con una felicidad tan grande que hasta ahora me dura, cada vez que lo recuerdo.

25.- Quiero ser un modelo de entrega a Dios, pero un modelo escondido, silencioso, sin ruidos, como María. Quiero ser mártir de amor, madre de todos los que sufren, quiero ser fiel en todo lo que Jesús pida de mí. Tengo un gran amor a la PUREZA y quiero reparar tanta impureza del mundo con mi PUREZA y mi AMOR. Y me siento muy feliz .

26.- Mi oración es la del niño débil que nada puede y tiende sus manos, pidiendo ayuda. Eso me da mucha paz y un deseo grande de gastarme totalmente para El. ¿Por qué no me llevará ya el Señor? Tengo ganas de morir y poder ir a gozar de la plenitud de Dios. Pero hágase su voluntad. Yo no le pido nada, ni enfermedad ni salud, acojo con alegría y amor todo lo que se digne enviarme. Ya llevo tres operaciones. El estómago me sangra casi constantemente y debo tomar medicamentos para los vómitos de sangre. Cada vez que me aprieta el dolor, hago un acto de amor y le digo a Jesús que lo AMO y, al mismo tiempo, le doy las gracias. Pídele a Jesús la gracia de dejarme utilizar por El.

27.- A los trece años, Jesús me escogió, me cautivó y me enamoré de El. Mi oración es besar las llagas de Jesús, estar a sus pies en adoración continua. A veces, me quedo en silencio, besando mi alianza, ese anillo que significa mi compromiso eterno con El. Quiero estar siempre con las manos levantadas en oración, como Moisés, mientras otros luchan y trabajan por las almas. Quiero ser toda y siempre de Jesús.

28.- A veces, me siento llena de defectos y le digo a Jesús: ¡Qué pobre esposa de has echado! Y El me responde: Yo ya te conocía así y TE AMO. La que no me conocías eras tú a Mí... Y El me ama y acepta tal como soy. Por eso, sólo sé que necesito una cosa: entregarme sin

condiciones y ser suya para siempre. Esta es la única luz que me ilumina y guía mi camino, es el único ideal de mi vida.

29.- El nombre de Jesús es para mí tan maravilloso y me llena tanto de amor que lo repito casi sin darme cuenta unas 5.000 veces por hora. En el retiro pasado, recibí el don de lágrimas de amor. Ahora, al repetir el nombre glorioso de JESÚS, lloro de amor y, a veces, de dolor por mis pecados. Sólo quiero que me conceda dos deseos que tengo en lo más profundo de mi corazón: derramar mi sangre por El y llegar al matrimonio espiritual. Mi oración es como un respirar el amor de Dios al repetir el nombre maravilloso de JESUS. Ahora me enamora pensar en ese momento definitivo de mi encuentro con El. Me obsesiona el cielo y que las almas lo conozcan y lo amen. Todo lo que no sea Dios lo veo tan vacío... Tan sin sentido... Sólo deseo la eternidad para perderme sin miedos ni temores en el amor infinito de mi divino esposo.

30.- Hace poco, yo celebré mis 35 años como católica y 30 años en el convento. Soy una persona muy feliz. Mi vida se ha centrado en la paternidad de Dios. Me siento amada, protegida y cuidada por este Padre, de manera que mi vida carece de preocupaciones. Me imagino estar continuamente entre sus brazos como un niño pequeño y me es dulce sentir su amor de Padre y sentirme su hija y besarlo y recibir sus caricias de amor.

31.- Un día, paseaba por la huerta con otras tres hermanas. Al llegar a un estanque, que tiene dos salidas de agua, quisieron quitar la losa que tapaba una de ellas y ponerla en la otra salida de agua. Estuvieron un buen rato, probando una hermana y luego otra y todas juntas, pero imposible, parecía pegada con cemento. Al final, la dejaron y se marcharon. Yo me quedé mirando la losa, intenté tirar de ella, pero no se movía. Entonces, me acordé de mi ángel de la guarda y le dije: Quiero que me demuestres que existes y que estás a mi lado y que eres mi amigo. Tiré de la losa y, sin apenas esfuerzo, salió. Me causó una impresión tal que desde entonces lo invoco al levantarme y acostarme todos los días, y siempre que necesito su ayuda y protección. En una palabra, es para mí un amigo íntimo e inseparable. Antes apenas si creía

en él y no lo invocaba, pero ahora los ángeles y santos son mis amigos y trato de vivir en plenitud el dogma de la comunión de los santos.

VICTIMAS DE AMOR

Decía Sta. Teresita del Niño Jesús: ¿Por qué tenéis miedo de ofreceros como víctimas al Amor misericordioso? Si os ofrecierais a la justicia divina, podríais temer; pero el Amor misericordioso tendrá compasión de vuestra debilidad, El os tratará con dulzura, con misericordia. Oh Jesús, te suplico que inclines tus divinos ojos a todas las almas pequeñas y te escojas en este mundo una legión de víctimas pequeñas dignas de tu Amor.

Procuremos imitar a Sta. Teresita en esta entrega incondicional a Jesús y por El a la salvación de nuestros hermanos. La M. Teresa de Calcuta decía: El fruto del Silencio es la Oración. El fruto de la Oración es la Fe. El fruto de la Fe es el Amor. El fruto del Amor es el Servicio. El fruto del Servicio es la Paz.

Y yo añadiría, y el fruto de la Paz es la Alegría de vivir incondicionalmente para Jesús, de hacer en cada momento su voluntad y aceptar lo que El quiera enviarnos, con la Paz y Alegría de haberle entregado la responsabilidad de nuestra vida y saber que El sabe mejor que nosotros lo que nos conviene.

1.- Un día en mi flamante juventud, comprendí para siempre que la perfecta felicidad está en entregarse sin condiciones como víctima de su Amor. Desde entonces el Espíritu Santo junto con Jesús Eucaristía ha sido el amor de mi vida. Durante muchos años he notado que en la Fiesta de Pentecostés se me hacía presente el Espíritu Santo de una manera especial al momento de recibir la sagrada comunión. A veces, me sentía arrebatada en el alma e invadida de amor (y me duraba varios días).

Una vez, al recibir la hostia, sentí que entraba una especie defuego dentro de mí, de tal modo que no podía dudar que era Dios. Llegué a comprender que el Espíritu Santo tenía una relación especial con la Eucaristía y que El me llevaba a una entrega incondicional a Jesús como

víctima de su Amor para gloria de Dios Padre.

2.- Todos los días renuevo mi ofrecimiento de víctima a Jesús con los votos en la santa misa. Me encanta hacerlo en el momento de la consagración, cuando el sacerdote dice: ESTO ES MI CUERPO Y ESTA ES MI SANGRE. Es como si Jesús me sumergiera en El y me ofreciese con El al Padre por los sacerdotes y por todo lo que El quiera. Me parece que el cáncer que tengo y los dolores que siento no son nada, pero pienso que Jesús los une a su Pasión y los aplica en bien de la Iglesia.

Siento interiormente con mucha intensidad que El me ama, El es un volcán de amor. El alma se siente amada de distinta manera. El Padre ama con ternura infinita como cuando dijo: "He aquí a mi Hijo muy amado". En esas palabras me siento amada por el Padre y por el Verbo Esposo, pero lo que pasa dentro o lo que se siente yo no tengo facilidad y no sé explicarlo, sólo que es muy sublime y todo lo que no sea El me parece nada. Desde que me entregué como víctima, el Señor se ha volcado y mi mayor regalo ha sido el cáncer, aparte de otras cosas. Se lo digo de verdad, quisiera con mi cáncer hacer sonreír el Corazón de Dios y le pido que si le sirven de algo mis dolores, aquí me tiene, gozo mucho con ellos. El otro día sentía como si me mordiesen el estómago y miraba interiormente a Jesús y le pregunté: Dios mío, ¿te dolía a ti también en la Pasión? Y me quedé en silencio, esperando su respuesta, y me vino este pensamiento: No había en mí parte sana. Esto me ayudó mucho y me dejó confundida; lo mío no me parecía nada y le di las gracias.

3.- Hace mucho tiempo me ofrecí víctima por mi Comunidad, que ha pasado pruebas muy difíciles. Dos veces he estado a la puerta de la muerte y otra vez la Madre repartió las cosas de mi uso, señal cierta de que creía que me moría. Pero el Señor me ha permitido seguir viviendo y, unos días mejor, otros peor, voy siguiendo la vida de Comunidad y le doy gracias, muchas gracias por todo.

4.- El Señor me concedió la gracia de asistir a una monja muy santa de la Comunidad que se había ofrecido con voto de víctima. Los tres

últimos años de su vida era yo su enfermera. Era tuberculosa, con reuma deformante y muchas operaciones y llevaba nueve años paralizada con las manos y pies retorcidos y vendados. Yo le daba de comer. Ella tenía marcado con fuego en su corazón los nombres de Jesús y María. Su cama imponía reverencia, era un altar donde se ofrecían sacrificios heroicos. A mí me decía: Escoja siempre el último lugar y será feliz. El médico dijo cuando murió: Si no ha ido derecha al cielo, no ha ido nadie. Su muerte fue un tránsito. Estaba yo con ella y lo conocí por el cambio de color. Ella quería morir de amor y todo se cumplió. Siempre estaba contenta, dando gracias a Dios. Su vida fue tan pura y sencilla que ha dejado para siempre un buen olor en la Comunidad y sentimos su intercesión.

5.- Tengo un inmenso deseo de darme totalmente a Dios y vivir únicamente para El. Me esfuerzo en repetir de todo corazón y constantemente "MI DIOS Y MI TODO". Me parece que la PROFESION SOLEMNE NOS HACE ALMAS VICTIMAS, aunque no lo digamos expresamente. Puesto que si uno se da totalmente a Dios y busca su gloria, debe estar dispuesta a aceptar con alegría todo lo que su Amor le envíe y esa es ni más ni menos la disposición de un alma víctima, aunque no se emplee esa palabra.

Para mí las penas y sufrimientos de la vida me parecen, después de 52 años de vida religiosa, como ocasiones extraordinarias que Dios nos da para hacernos descubrir su misericordia, su poder, su amor y la alegría de pertenecerle.

6.- Cuando era una religiosa joven, me ofrecía Jesús como víctima para todo lo que quisiera de mí, y creo que me aceptó, pues he pasado grandes enfermedades y sufrimientos. Un día, hace ya unos 40 años, vi a Jesús de modo intelectual, pues no fue con lo ojos, pero muchísimo más claro que con ellos, y lo tengo grabado en mi corazón como si hubiera sido ayer. Estaba El de pie y con su mano derecha sostenía una cruz de tamaño natural por uno de sus brazos. Era negra y muy tosca. Con la otra mano me atrajo hacia Sí y me estrechó con todo su amor contra su Corazón, haciéndome ver que aquella cruz era una enferme-

dad que me iba a enviar, muy penosa... y así fue. Después de tantos años de enfermedades y sufrimientos, ahora sigo muy delicada con diferentes achaques, estoy mal de la vesícula, del corazón, estómago, esófago, columna... y yo le digo: No quiero nada de nada, sólo quiero lo que Tú quieras en cada momento. Lo que quiero es Fuego y Luz para abrasarme y abrasar a muchas almas para que te amen eternamente.

7.- Yo me ofrecí como víctima en el noviciado. Tuvimos un acto precioso. ¡Algo inolvidable! Éramos nueve novicias y lo hicimos todas juntas con la maestra. Ya han pasado muchos años y en esos años ha habido de toda clase de sufrimientos. Pero cuánto amor y misericordia de parte de Dios. Ojalá haya muchas almas que se entreguen a Jesús. No lo vas a creer, pero me siento más segura cuando sufro que cuando gozo y esto no es porque me guste sufrir, sino porque tengo más capacidad para sufrir que para gozar. Cuántas gracias doy al Señor. Todo ha contribuido a hacerme muy feliz y no me cambiaría por nadie.

8.- Muchas veces, agradezco a Dios su amor y cariño para conmigo. Me siento amada por Dios con un cariño y ternura tan grande que me hace inmensamente feliz. Llevo 19 años consagrada y 8 años en la vida contemplativa, y todavía no me he arrepentido de mi entrega al Señor ni siquiera una milésima de segundo. ¿Tentaciones? Sí, pero eso es otra cuestión que le confío a Dios. Ser sola de Dios y para Dios, a través de los vínculos sagrados de los votos, es una gracia inconcebible, enorme.

Cuando hice la profesión solemne en este convento, mi donación fue un ofrecimiento total como víctima para que El pudiera hacer con libertad absoluta lo que quisiera conmigo. Yo sólo quería amarlo sin medida y para siempre. Desde entonces, todos los días renuevo mi ofrenda y le doy mi Sí. Me siento tan feliz en el convento que siento escalofríos sólo de pensar que el Señor pudiera pedirme morir fuera de él, como una pobre mendiga sin techo ni calor humano. Pero esto también se lo he ofrecido.

Un día sentí que una hermana joven de mi Comunidad sufría mucho y yo fui a la capilla y le volví a ofrecer esto mismo a Jesús. Ofrecerle mi

ser como religiosa, mi convento y, más aún, si fuera expulsada de mi Comunidad. Es el más doloroso sacrificio que Dios podría pedirme y que yo se lo ofrezco con todo amor por esa hermana y por lo que El quiera.

Cuando tuve que salir de mi Institución de vida activa, donde estuve 11 años, para entrar aquí, viví una situación muy difícil hasta llegar a comprender la voluntad de Dios sobre mí. Me sentía en una encrucijada oscura, sin luz, como alguien que tiene que dar un salto en el vacío y que no sabe a dónde va a caer, como alguien que siente que el piso donde está se lo traga la tierra y se pierde en la oscuridad de un pozo sin fondo. Entonces, oí su voz que me decía: Mira, la cruz es la única cosa que tengo como herencia para ti y lo único que te puedo ofrecer. Ahora le bendigo a Jesús por esta cruz, que me hace inmensamente feliz y le digo con frecuencia, renovando mi ofrenda: Aquí estoy, Señor, si es necesario que yo desaparezca... Aquí estoy, Señor, si es necesario darte mi vida física... Aquí estoy, Señor, para darte también mi vida en el convento... Si Tú quieres, FIAT. Estoy dispuesta a la inmolación de todo mí ser. Aquí estoy, Señor, me ofrezco por mis hermanas, por los sacerdotes, por todo lo que Tú quieras. AMEN

9.- Un día fui a comulgar y el sacerdote me dio una hostia a la que faltaba un pedacito y, de repente, sentí su voz en mi corazón que me decía: ¿Quieres ser ese pedacito que falta para ser una sola hostia conmigo? Cuando pienso en esto, me siento llena de ternura y agradecimiento por su llamada y, a la vez, de confusión al pensar que no lo he sabido cumplir bien. Sin embargo, tengo la ilusión de ser una hostia con Jesús, una víctima de su Amor y me gusta repetirle: Me abandono a Ti como pequeña hostia, como víctima para alabanza del Padre. Y sé que Jesús no me va a fallar y me dará su alegría y amor junto con su dolor.

10.- Siempre renuevo mi entrega como víctima a mi querido Jesús. Ser víctima de su Corazón y de su Amor es mi mayor alegría. Quiero consolar a su Divino Corazón con todo mi amor y mi total donación. Jesús debe ser muy querido y muy amado. Dile a todos que Jesús es bueno, Muy bueno. Que El es un maravilloso amigo, que no le tengan

miedo de entregarse a Jesús, piensan que darse a Jesús les va a traer mucho sufrimiento. Pero quien se entrega a Jesús tiene sufrimiento como todo el mundo y, en cambio, tiene una alegría y una felicidad que sólo El nos puede dar.

Muchas personas dicen que aman a Jesús, pero nunca lo amarán plenamente si no se entregan a El sin condiciones y con la alegría de dejarse llevar por El a donde El quiera, sin preguntar, sino siempre diciéndole: Hágase en mí tu santa voluntad. Esto es vivir en plenitud la consagración religiosa.

OREMOS POR LOS SACERDOTES

El sacerdocio es el regalo más grande que Jesús nos dejó como testamento en la Última Cena. Sin sacerdotes no podría hacerse amigo cercano y presente entre nosotros en la Eucaristía, sin sacerdotes no existiría la Iglesia tal como El la fundó, sin sacerdotes el mundo moriría de frío espiritual, habría un vacío y seguramente hace tiempo que la tierra habría desaparecido por la maldad de los hombres. Pero Cristo sigue actuando en la tierra a través de sus ministros y desea que sean santos. Ya lo decía un gran santo: "¿Viniste a ser santo o no? Si viniste, ¿por qué no? Y si no, ¿por qué viniste?".

Otro gran santo decía: "1a santa misa vale tanto que, si lo supiéramos, moriríamos de alegría". Ser sacerdote es algo tan grande que hasta los ángeles se quedan admirados de su dignidad. Para mí, personalmente, mi vida sacerdotal en tanto tiene sentido en cuanto celebro y vivo cada día la santa misa. Sin la misa diaria, mi vida la sentiría vacía. Por eso, la celebración eucarística diaria y vivir la misa de mi vida, ofreciéndome constantemente con Jesús al Padre por la salvación del mundo, especialmente de los hijos espirituales que El me ha encomendado, es lo que da sentido a mi vida y la llena de valor.

Pero cuántos sacerdotes mediocres, que sólo piensan en el dinero, en su orgullo, en su comodidad y tratan de vivir al estilo del mundo. Alguien ha dicho que el mundo está mal, porque los sacerdotes están mal. Por eso, ojala que muchas religiosas contemplativas puedan decir

como Sta. Teresita: "Yo he venido al convento para salvar almas y, sobre todo, para rogar por los sacerdotes". Jesús necesita muchas almas víctimas por los sacerdotes. OREMOS, OREMOS, OREMOS por los sacerdotes para que sean santos.

TESTIMONIOS

1.- El 7 de Junio de 1956, después de mucho pedírmelo el Señor y yo no darle un SI, en la noche, no sé si despierta o dormida, me pareció ver algo que me hizo estremecer. Te contaré. El deseo de ofrecer mi vida por los SACERDOTES era para mí como una sombra de la que no podía deshacerme, pero no me decidía. Hasta que El, cansado de esperar, me tiró como a Saulo y me hizo caer de mí misma. Soñé o no sé qué fue aquello. Me pareció ver que un SACERDOTE, mirándome con los ojos desorbitados me decía: "Por tu culpa, por tu culpa me condeno". Como un rayo me tiré de la cama y me ofrecí en aquel momento y le di mi Sí. No sé el tiempo que pasé de rodillas, pero la luz del día me encontró a los pies del crucifijo de mi celda. No sentía cansancio ni miedo, pero sí la paz de haber dado el Sí.

En algún momento, me he despistado un poco, pero hoy es algo tan fuerte que no puedo vivir sin ese SI, dado aquella noche y que para mí fue el principio del día del Amor de Jesús. Me gustaría gritar a muchas almas consagradas y decirles: No tengáis miedo de entregaros al Amor, es muchísimo más lo que se recibe. El no se deja ganar en generosidad, y ¿qué podemos dar que no sea dado por El? Te mando la fórmula espontánea que dice: "SI, JESUS MIO, CUANDO QUIERAS, LO QUE QUIERAS Y COMO QUIERAS". Tú, Señor, tienes derecho a exigirme. Aumenta las luchas de mi alma, destroza mi cuerpo, Mis ojos están dispuestos a cerrarse para que ellos (los sacerdotes) vean claros tus caminos. Mis labios para

que ellos difundan tu Palabra. Mis manos para que ellos eleven las tuyas para bendecir, bautizar y perdonar. Mis pies para que ellos corran tras las almas perdidas. Mi corazón para que ellos te amen con locura. Pero dame el vivir con tu mismo Corazón para poder seguir mereciendo

para ellos. Así: sin recompensas, sin descanso, POR AMOR.

De esto hace ya treinta años y siempre ha sido el ideal de mi vida. Hoy ya no es el ideal, es mi vida hecha vida y la única razón de ella. Quisiera tener sobre mí todas las penas, luchas, angustias y DOLORES de cada uno de ellos y así se lo pido a El. Y te puedo decir que lo ha tomado en serio. Sufro física y moralmente, pero quisiera sufrir más. Cuando me cuesta y me quejo, para tranquilizarme me basta estar unos cinco minutos delante de El en el Coro o en la celda (a la que yo llamo mi oratorio particular). Cuando entro en ella es como que algo en mi interior se ensancha, es como respirar hondo... Sólo El... y yo. El uno para el otro. Le digo mil locuras y lo siento muy dentro de mí.

Es en este mi pobre ser donde puedo ver claramente la función de los TRES en mí. Es como entrar en un globo de luz en el que yo misma me pierdo. En El me siento sumergida, anegada, perdida y de sólo El hallada. El es mi Morada. Esto sólo se podrá comprender en la ETERNIDAD, cuando el Amor llegue a su plenitud.

2.- Yo siempre he rezado por los sacerdotes, pero a los pocos meses de hacer mi profesión nos llegó la noticia de que un religioso sacerdote, muy conocido nuestro, lo había abandonado todo. A partir de aquí, empecé a sentir bastante inquietud. Yo sabía que hay almas que se entregan como víctimas, pero yo estoy muy lejos de ser un héroe. Sin embargo, el Señor tiene sus caminos para los pobres como yo y así al poco tiempo vino a verme el sacerdote que me dirigía antes de entrar al monasterio y me explicó una manera sencilla de ofrecirme por los sacerdotes. La Madre me dio permiso y lo hice. Renuevo este mi ofrecimiento todas las fiestas de la Virgen y he dedicado toda mi vida al Señor por la santificación de los sacerdotes por medio de María.

3.- Desde mi conversión, el Señor me dio el amor a la cruz. El día de mi profesión solemne me ofrecí como víctima por los sacerdotes y esta fecha marcó mi vida profundamente. Estuve enferma muchos años por penas interiores y trabajos de toda suerte, pero lo más importante es AMAR mucho, sufrir por amor a Jesús y yo me siento feliz de hacer algo

por su amor en beneficio de los sacerdotes.

4 - Los sacerdotes son la pupila de mis ojos, pues entregué toda mi vida al Señor por ellos y es por ellos que estoy en el monasterio. Yo he tenido varios oficios y me gusta trabajar y estar activa. Pero hace unos dos años, el Buen Dios decidió retirarme la luz de los ojos y despegarme de tantas cosas que me gustaba hacer. Confieso que no fue pequeño sacrificio; ahora hago pocas cosas, pero me gusta estar ocupada, ayudando a mis hermanas en lo que puedo y tengo mucho tiempo para rezar, especialmente por los sacerdotes. Es como una gracia especial que el Señor me ha dado y se lo agradezco inmensamente. Gracias, Señor, por tus sacerdotes.

5.- El año 1947, siendo todavía novicia, hice mi consagración y donación al Corazón de Jesús por los sacerdotes. Lo hice con las palabras que Jesús le había dictado a mi maestra de novicias, alma enriquecida por Dios con gracias extraordinarias, entre ellas los estigmas de su pasión.

El Corazón de Jesús se le revelaba como "Paraíso de maternidad" y quería que todos los sacerdotes fueran "madres" de las almas y pedía que viviéramos esa maternidad por los sacerdotes que no lo vivían.

Así me consagué a Jesús: "Oh Corazón adorable de Jesús, que en tu inefable amor quieres renovar el mundo, revelándonos la sublime ternura de tu Corazón. Aquí estoy dispuesta a inmolarme a Ti y ofrecerte por la gran causa de los sacerdotes.

Como un pequeño grano de trigo, me lanzo al surco de tu herida de amor en la tierra fecunda de tu Sagrado Corazón para allí morir y así dar vida a tus sacerdotes. Oh, Jesús, quiero amarte y consolarte, quiero quitar de tu Corazón todas las espinas y plantarlas en mi corazón para que mi sangre unida a la tuya, sea vida para ellos.

Oh, Corazón de Jesús, acepta mi pequeña ofrenda de Amor que te presento por manos de María, a la que tú consagraste como madre de tus predilectos. Dame la plenitud de tu Amor para que engendre para ti muchos sacerdotes santos, que sepan comunicar a las almas la frescu-

ra y el perfume de tu infinito amor y dame la gracia de ser madre de las almas, pero de los sacerdotes en particular.

6.- Un día estaba en adoración delante del Santísimo Sacramento y lloré de emoción en su presencia. Lo amaba y pensaba en los sacerdotes. ¡Cómo rogué por ellos! Le pedía a mi Jesús que fueran santos.

Siempre estoy a tu lado espiritualmente para ayudarte, te tengo en mi corazón, en el sagrario, bajo el manto de la Madre del cielo para que estés seguro. Ya sabes que me ofrecí víctima especialmente por vosotros y no me arrepiento. Para mí es como una necesidad interior y una exigencia que me impone mi amor a Jesús, el Sumo y eterno Sacerdote.

7.- Hace pocos años, con el permiso de mi confesor, me ofrecí víctima por el Papa, los sacerdotes y mis familiares. Ahora no tengo otro deseo que el de alegrar a Jesús, haciendo con amor su santa voluntad. Deseo que todos amen a Jesús y se salven para poseer la felicidad del paraíso.

Trato de asistir a la santa misa con mucha fe. Me ofrezco con Jesús al Padre y me esfuerzo por vivir a lo largo del día las últimas palabras de la consagración: "Haced esto en conmemoración mía". Estas palabras me recuerdan la vida de Jesús en medio de los hombres, en especial su Pasión, su Muerte y Resurrección. Todo esto me ayuda a vivir mejor mi pequeña parte de sufrimiento, unida al misterio del sacrificio eucarístico.

En nuestra Comunidad hemos acordado hacer una "Cruzada de Oración" y el ofrecimiento de nosotras mismas por todos los sacerdotes. Sentimos mucho la exigencia de nuestra vocación de abarcar con el corazón el mundo entero y especialmente a los sacerdotes. Vivamos siempre unidos en el Corazón de Jesús al pie del sagrario.

8.- Nací en Alemania en un familia protestante y estudié Psicología en la Universidad de Hamburgo. Buscaba la verdad en los estudios, en meditaciones orientales, en el yoga, con ayunos, etc. Por fin, Cristo se me reveló como el Camino, la Verdad y la Vida y entendí que debía de-

jar mi país e ir a otro, donde me esperaba con una misión. Durante dos años estuve con unas religiosas dedicadas al cuidado de inválidos, ancianos, etc. Allí me convertí y me adherí a la fe católica.

Después, seguí unos cursos de teología y el 85 ingresé en este monasterio. En la Fiesta de Pentecostés del 87 hice mis primeros votos y el 9 de Junio de 1990, mi profesión solemne. Somos 7, dos tienen 80 años y cuatro más de 70, yo tengo 35. Y me siento feliz de poder ayudarlas. Me dedico casi todo el tiempo a pintar en tela, es mi principal trabajo.

Amo muchísimo a Jesús y me gusta pasarme horas enteras con El en el Santísimo Sacramento. Estoy consagrada a El como víctima por los sacerdotes y la unidad de la Iglesia, y me siento contenta de hacer algo por Jesús.

9.- Hace bastantes años sentí muy fuerte y viva la necesidad de ofrecerme víctima al Señor por los sacerdotes, Mi director espiritual lo aprobó y fue él mismo quien presentó mi ofrenda en una eucaristía. Mi deseo estaba escrito en un papelito, que colocó debajo de la patena,

Un día de intimidad con Jesús, le pregunté cuál era su mayor dolor, y me respondió: LA INFIDELIDAD DE ALGUNOS SACERDOTES. Desde entonces, la entrega de mi vida está en función de esa misión específica, los sacerdotes, especialmente cuando los conozco o tengo contacto con ellos.

10.- Me he consagrado a Jesús víctima por los sacerdotes. Los sacerdotes sois mi debilidad, y que Jesús me pueda aceptar como víctima por vosotros es la gran ilusión de mi vida, que todos los días presento a Dios en la Eucaristía. Cuando el sacerdote eleva el cáliz y lo mantiene unos segundos en alto, en medio de ese silencio sobrecogedor, Jesús me impulsa a ofrecerle toda la sangre de mis venas para que se mezcle con la suya en el cáliz y así suba al Padre para que se derrame sobre los corazones de los sacerdotes y así ellos tengan fuerza para seguir siempre al lado de Dios.

Ofréceme todos los días en la misa como víctima por medio de tus

manos y así, unidos a todas las almas víctimas, podamos formar un ramillete de amor a Jesús como reparación de las ofensas que recibe en la Eucaristía y especialmente de los sacerdotes infieles.

11.- A veces, siento el llamado a ofrecirme víctima por los sacerdotes como una dulce súplica de Jesús que no puedo resistir y me hace llorar. Algunas veces, es como una fuerza avasalladora que me empuja a hacerlo. Tengo el presentimiento de que si no soy fiel a esta llamada de Jesús, le voy a defraudar en lo que espera de mí.

Por ahora tengo el permiso de nuestra Madre, pero el confesor me ha dicho que espere un poco. Esperaré y obedeceré, tal vez Jesús así lo quiera. Pero yo siento ansias de entregarle todo mi amor por los sacerdotes, por las almas y por todo lo que El quiera, aunque tenga que ser triturada por el dolor. Yo confío en Jesús y me abandono en sus manos.

LA MISA COSMICA

El cielo y la tierra de alaban, Señor, y mi espíritu te canta agradecido. Por eso, en este nuevo amanecer de este día más de la historia del mundo, elevo mis manos hacia Ti, Señor, y te ofrezco sobre el altar de la tierra la misa del mundo.

Mi misa, cada misa, es la misa del mundo, porque es la misa de Jesús, que sigue ofreciéndose al Padre en cada instante por la salvación del mundo. Es una misa cósmica, porque abarca a toda la humanidad y a todo el universo y se extiende a todos los tiempos y lugares. Desde el

primer hombre hasta el último, desde la primera partícula creada hasta la última, desde este lugar en que me encuentro hasta el más remoto lugar del universo.

Mi misa, cada misa, es tan valiosa que tiene valor infinito y se prolonga por la eternidad. Es eterna, porque es la misa de Jesús y Jesús es eterno y en la medida en que yo me identifique con El en cada misa, me prolongaré en la eternidad de Jesús y seré sacerdote eternamente.

Oh Dios mío, en este momento, como sacerdote, como otro Jesús,

quiero ofrecerte el dolor y el sufrimiento de toda la humanidad, sus pecados, alegrías y esperanzas, quiero limpiar la tierra con la sangre de Jesús y ofrecértela limpia y brillante de luz. Quiero bendecirla con tu Amor divino para que la recibas con agrado y le des tu perdón. Quiero, Padre santo, ofrecerte el Amor y la sangre de Jesús para consolarte de tantos pecados, egoísmos y oscuridad que existe en el mundo.

Quiero ofrecerte la Creación con sus plantas, animales y cosas bellas para que te alaben y bendigan tu nombre, desde el humilde pajarito hasta las más grandes estrellas, desde el pequeño átomo hasta las más grandes galaxias. Todo te lo ofrezco, Padre, con Jesús por el Espíritu Santo y por manos de María.

Y ahora quiero consagrarte mi vida entera para que sea una lamparita eterna ante tu trono, una hostia humilde para tu gloria, una pequeña víctima de Jesús. Ven, Espíritu Santo, y transfórmame en Jesús en cada misa, que sea sacerdote en plenitud, que cada misa que celebre sea una misa cósmica, que abarque a la Humanidad entera y a todo el Universo.

Que haga de mi vida una misa constante y te ofrezca el pan y el vino de mi trabajo, de mi dolor, de mis esperanzas, pecados, alegrías, en unión con toda la Humanidad y con toda la Creación. Recibe, Padre, la misa de mi vida y la misa cósmica de cada eucaristía.

ORACION

PARA CONSAGRARSE VICTIMA POR LOS SACERDOTES

Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Postrada ante vuestra presencia soberana delante del Santísimo Sacramento del altar y en presencia de mi Madre Santísima, de mi ángel de la guarda, de san José y de todos los santos y ángeles del Universo, te pido humildemente que aceptes mi vida como víctima de Amor por la salvación y santificación de los Sacerdotes y que esta mi ofrenda llegue también a todos los que todavía sufren en el purgatorio.

Y, a la vez, te pido, mi amado Jesús, esposo de mi alma, que por el

poder del Espíritu Santo y para gloria de nuestro Padre Celestial y con la intercesión de María, nuestra Madre, me concedas la gracia de estar presente espiritualmente contigo en todas las misas que se celebren en el mundo y en todos los sagrarios de la tierra de modo que mi vida sea toda un holocausto de Amor para alabanza de tu gloria. AMEN.

EL SEÑOR LAS NECESITA

El Señor las necesita a cada una sin excepción. No importa que sean pobres, enfermas o ignorantes. El ya lo sabe. Sólo quiere su AMOR. Escuchemos el mensaje de Jesús a una religiosa contemplativa: "Yo deseo AMOR, AMOR, AMOR. Yo te amo con amor celoso y no admito rivales. Yo deseo que seas totalmente mía y que todo lo que haces sea para mí Yo quiero que me adores y vivas para mí, respires para mí, ames por mí, rías por mí, te inmoles a ti misma por mí. Hazlo todo por mí. Yo quiero consumirte en el fuego divino de mi AMOR".

Y una de ellas respondía: "Quiero ser la fidelidad personificada, darme sin medida, sin traiciones sin miedos, sin esperar recompensa. Mi ser vibra de AMOR por El, quiero darme totalmente a El, quiero ya partir para estar siempre con El sin distracciones, sin ruidos, PARA SIEMPRE".

No olviden que de su generosidad depende la salvación de muchas almas y esto es algo muy serio, no es cosa de juego. No podemos salvarnos solos. No somos islas. Somos padres de las almas. Qué tristeza, si un día, alguien de los que Dios nos ha encomendado, nos dijera: Por tu culpa, por tu culpa me condeno. ¿Y si fuera un sacerdote, que arrastra consigo a otras muchas almas? ¿Nos podemos imaginar ir al cielo sin los seres más queridos de nuestra familia?

Si alguien se condena, que sea por su propia y exclusiva responsabilidad, pero no por no haberla ayudado lo suficiente. ¿Nos darnos cuenta de lo que esto supone para nosotros en orden a ser más fieles al Señor y no dejarnos llevar de la mediocridad, cuando hay tantos hijos espirituales que levantan sus manos desesperados, pidiendo ayuda? No olvidemos las palabras de Nuestra Madre en Fátima el 13 de julio de 1917:

"Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, porque muchas almas van al infierno, porque no hay quien se sacrifique ni ore por ellas". Jesús y María están tristes Y lloran lágrimas de sangre al ver tanta oscuridad, pecado y egoísmo que hay en el mundo. ¿No seremos capaces de consolarlos y reparar, antes de que venga la justicia divina sobre el mundo?.

Tomad en serio vuestra vida. Sed santas y orad mucho por los sacerdotes. VOSOTRAS SOIS LA ESPERANZA DE LA IGLESIA.

Que seáis las personas más felices del mundo por el Amor.

Es el mejor deseo de vuestro amigo y hermano Ángel Peña

(Agustino Recoleta)